

Jostein Gaarder

El hombre de las marionetas

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Nuevos Tiempos

ISLA DE GOTLAND, MAYO DE 2013

Querida Agnes: Habíamos quedado en que te escribiría hoy. ¿Lo recuerdas? O al menos en que lo intentaría.

Estoy sentado en una isla del Báltico con un ordenador delante de mí en la mesa. A la derecha he colocado una gran caja de puros, que contiene todo lo que necesito para ayudar a mi memoria.

La habitación del hotel es tan grande que puedo levantarme de la silla y dar nueve pasos de ida y nueve de vuelta por el suelo de madera de pino, mientras pienso en cómo iniciar mi relato. Solo tengo que esquivar un tresillo y optar por pasar entre la estrecha mesa de teca y un par de sillones rojos, o por un pasillo igual de estrecho entre la mesa y un sofá rojo.

Me han dado una habitación que hace esquina, con vistas a dos sitios diferentes. Desde la ventana que da al norte veo una calle pavimentada de la vieja ciudad hanseática, y, desde la otra, que da al oeste, puedo contemplar el parque Almedalen y el mar. Hace calor y las dos ventanas están abiertas de par en par.

Llevo media hora mirando a la gente que pasa por la calle debajo de mí, la mayoría con vestido o pantalón corto y

camiseta de manga corta. Muchos van en pareja, cogidos de la mano, pero también se ven grandes y ruidosos grupos de gente.

Puedo desmentir el mito de que la juventud es más escandalosa que la gente de mi edad. En cuanto va en grupo y tal vez haya bebido algo, la gente de mediana edad puede llegar a ser tan ruidosa como los adolescentes. O igual de gregaria: «¡Mírame! ¡Escúchame, porfa! ¿A que nos lo estamos pasando bomba?».

Nuestra naturaleza humana no se nos pasa con el tiempo. Crecemos con ella. Y ella crece en nosotros.

Me gusta la perspectiva que tengo sobre la vida de la calle planta y media por debajo de mí, a tan poca distancia que consigo aproximarme bastante a todo el que pasa. Me llegan incluso algunos olores, porque también las personas emiten olores, sobre todo en callejuelas estrechas en días de verano sin viento. Además, algunos llevan un cigarrillo encendido en la mano, y noto que el humo me hace cosquillas en la nariz. Pero, al mismo tiempo, aquí donde estoy, medio oculto tras una cortina azul que de vez en cuando tiembla cuando llega un repentino golpe de viento, me encuentro lo bastante alto por encima del pavimento como para que las víctimas de mi curiosidad no levanten la vista y me vean.

Disfruto de mi privilegio de estar situado planta y media por encima del nivel del suelo: observar sin ser observado.

También he estado contemplando los veleros a lo lejos en la reluciente superficie del agua. En el transcurso de la última media hora he registrado tres velas blancas.

Ha sido un día maravilloso, y, aparte de algún que otro soplo de viento, el mar ha estado en calma. Para los veleros no ha sido un tiempo ideal.

No solo es Pentecostés, sino que también es 17 de mayo, nuestra fiesta nacional. Siento un poco de nostalgia; es casi como celebrar tu cumpleaños en secreto entre extraños: nadie te felicita ni te canta cumpleaños feliz.

Nadie ha cantado tampoco el himno nacional. No he visto ni una bandera noruega, pero me he fijado en que la colcha de ganchillo que cubre la cama es blanca, como nuestra montaña Glittertind.

Quiero decir: tresillo rojo, colcha blanca y cortina azul claro, eso tendrá que bastar para marcar los colores noruegos.

Al mencionar la fecha cuando escribo esto, estoy indicando a la vez que hace justo un mes que llegamos a Arendal.

Además, unas horas después conociste a Pelle. Y he de decir que os caísteis bien.

Nos habíamos visto solo una vez hacía algo más de un año, justo antes de la Nochebuena de 2011. Intentaré exponer aquí las circunstancias que llevaron a ese primer encuentro. Me has pedido una explicación de por qué me comporté como lo hice. Haré lo posible por responderte. Por otra parte, creo oportuno hacerte una pregunta a cambio:

Yo había hecho el mayor de los ridículos, y, sin embargo, me retuviste para que no me marchara. Eso es para mí un pequeño misterio al que todavía estoy dando vueltas. No fui el único que se sorprendió aquella tarde. Creo que todos los que estaban en la mesa estarían de acuerdo conmigo. Y muchos pensarían como yo: ¿por qué me retuviste? ¿Por qué no me dejaste salir de allí a toda prisa?

¿Por dónde debo empezar?

Podría proceder de un modo cronológico y describir mi infancia en Hallingdal para explicar por qué me he convertido en el que soy hoy. También podría hacer justo lo con-

trario: empezar con un par de sucesos que he presenciado aquí, en la isla, incluso esta misma tarde —también tendrían que ser incluidos en mi relato—, retroceder hasta nuestro encuentro en Arendal hace aproximadamente un mes, y luego seguir retrocediendo primero hasta aquella desgarradora tarde, algo más de un año antes, uno de los días más difíciles de tu vida, Agnes, y después hasta el entierro de Erik Lundin, a principios de la década de 2000. Una retrospectiva de ese tipo podría desembocar en la descripción de algunas experiencias que tuve de niño que tal vez podrían proporcionar cierta comprensión, por no decir suscitar el perdón, tras la confesión hecha.

¿De qué manera resulta más fácil entender nuestra trayectoria vital? ¿Empezando por el principio, o tomando como punto de partida el día de hoy, el cual es sin duda el que más reciente tenemos en la memoria, y desde allí ir retrocediendo hasta donde empezó todo? El inconveniente de este último método es que no existe ninguna causalidad absoluta en la vida humana. No se puede deducir hacia atrás, es decir, del efecto a la causa, porque continuamente nos encontramos ante elecciones decisivas.

No es posible demostrar por qué uno ha llegado a ser lo que es. Muchos lo han intentado, pero no han llegado mucho más que a escribir dos líneas en virtud de su humanidad.

He vuelto a acercarme a la ventana. Los tres veleros no se mueven ni un ápice con esta calma. Sé que es una idea extraña, pero me hacen pensar en nosotros tres: en ti, en mí, y en Pelle, que también tiene cosas que contar.

Aunque me da vergüenza, muy al fondo de mi mente empieza a sonar esa vieja e infantil canción de la escuela dominical en la iglesia: «Mi barca es tan pequeña; el mar tan grande...».

Y tomo una decisión: voy a iniciar mi relato por el centro de mi viaje por el mar. Voy a hablar sobre cuando conocí a tu primo en el entierro de Erik Lundin. A partir de ahí seguiré varios hilos que me conducirán directamente a nuestro primer encuentro unos diez años después. El bagaje que traigo desde Hallingdal tendrá que ir en segundo lugar.



Mi amado Erik, nuestro querido padre y suegro,
nuestro entrañable abuelo y bisabuelo

Erik Lundin,

nacido el 14 de marzo de 1913,
ha muerto hoy en paz
(Oslo, 28 de agosto de 2001).

Ingeborg,
Jon-Petter y Lise,
Marianne y Sverre,
Liv-Berit y Truls,
Sigrid, Ylva, Fredrik, Tuva, Joakim y Mia,
sus bisnietos y demás familia
ruegan una oración por su alma.

El entierro tendrá lugar en el cementerio
de la iglesia de Vestre Aker
el miércoles, 5 de septiembre,
a las 14:00 horas.

Todo aquel que desee acompañar a Erik
será bienvenido a un acto *in memoriam*
en la casa parroquial.

Erik

Fuimos muchos los que acompañamos a Erik Lundin hasta la tumba una tarde, a principios del mes de septiembre de 2001. Entre nosotros estaba también tu primo Truls, razón por la que empiezo aquí mi relato. Diez años más tarde volvería a encontrarme con él, acompañado por Liv-Berit y sus dos hijas. Fue entonces cuando te conocí.

La iglesia de Vestre Aker estaba abarrotada, luego nos dirigimos en concentrados grupos tras el ataúd hasta la sepultura. El sol jugueteaba en las hojas de los árboles, pero también molestaba a los ojos, brindando así a muchos la oportunidad de sacar sus gafas de sol. En nuestras cabezas sonaban aún el canto coral, los majestuosos solos de trompeta y las fragorosas notas del órgano.

Después de la inhumación volvimos a subir hacia la iglesia y la casa parroquial. Para la época del año que era hacía una temperatura agradable, de unos veinte grados, pero el sol se escondió detrás de una nube, y notamos un viento fresco que subía desde el fiordo y el bajío.

En un entierro tan concurrido, nadie nota que andas completamente solo bajo las copas de los árboles, sin relacionarte con ningún miembro de la familia. El núcleo íntimo ya tiene bastante con comunicarse entre sí. ¿Cómo iba a fijarse

en que una persona estaba sola, y sin más conexión con los allegados que el propio fallecido?

No obstante, a algunos de los presentes sí los había visto alguna vez. Saludé a uno de ellos con un gesto de la cabeza; aunque era un antiguo alumno, no tuvimos nunca una buena relación, de modo que no tenía por qué mostrarle consideración. Además, me había fijado en un hombre alto y moreno con el que me había topado en numerosas ocasiones, pero él no contaba. Era un extra. Recordé haber soñado con él en una ocasión. En el sueño llevaba una guadaña.

En la espaciosa plaza de delante de la iglesia la gente se saludaba y se abrazaba. También tenían lugar presentaciones e inclinaciones de cabeza. A algunos de los más ancianos tenían que ayudarlos a entrar en coches aparcados en la plaza y cuyos motores se arrancaban antes de bajar lentamente por la cuesta de la iglesia, por la que ya pululaba un montón de gente vestida de negro.

Yo estaba firmemente decidido a quedarme y participar en el acto *in memoriam*. En la esquila ponía que «todo aquel que desee acompañar a Erik será bienvenido a un acto *in memoriam* en la casa parroquial». Aunque sabía que el reto social podría resultar exigente, no se me ocurrió la alternativa de retirarme.

En la iglesia me senté muy adelante y junto al pasillo central, pero evidentemente al lado derecho. Así tendría buena vista del capellán, que inició la ceremonia estrechando la mano a cuatro generaciones de la familia Lundin: primero a la viuda, Ingeborg Lundin, y luego a los tres hijos, de entre cuarenta y cincuenta años, cada uno de ellos acompañado por sus respectivos cónyuges, además de nietos y bisnietos.

Intenté adivinar cuál de las hijas era Marianne y cuál Liv-Berit. Solo sabía que Marianne era la mayor. De todas

formas constaté enseguida que entre las dos hermanas había una sustanciosa diferencia de edad; Liv-Berit tendría cuarenta y pocos, y su hermana Marianne tal vez tuviera mi edad, alrededor de los cincuenta. Jon-Petter, el hijo mayor, estaba sentado muy pegado a su esposa Lise. No era difícil adivinar que la nuera era ella, porque tanto Jon-Petter como Marianne y Liv-Berit eran rubios y muy parecidos entre sí, mientras que Lise tenía el pelo negro. Di por hecho que Marianne y Sverre eran pareja: estaban cogidos de la mano hasta que el capellán los saludó. Al rato vi que el que debía de ser Truls alcanzaba un pañuelo a Liv-Berit.

Luego estaban los jóvenes. Tardé más tiempo en identificarlos, pero antes de salir de la iglesia me había formado una idea también sobre ellos. Había encontrado fotos en la red de Ylva y Joakim. Si hubiera sido hoy, sin duda habría encontrado fotos de toda la panda en Facebook e Instagram. No obstante, la esquila me había proporcionado una útil información sobre las generaciones, por lo que tampoco debería de ser muy difícil identificar también a Sigrid, Fredrik, Tuva y Mia. Aquella tendría que ser Sigrid, la nieta mayor, de veintimuchos años. Tenía un niño de tres o cuatro sobre las rodillas, y la acompañaban un hombre, que debía de ser el padre del niño, y una chica de unos quince, que debía de ser Mia, la más joven de los nietos, porque el segundo más joven era Joakim. Tuva, probablemente un par de años mayor que Joakim, era una joven que ya había dejado atrás la adolescencia.

El capellán saludó hasta allí. Pero ¿cuáles de los jóvenes eran hermanos y cuáles primos? La esquila no era de mucha ayuda en eso, así que por el momento dejé estar esa cuestión. Tampoco me puse a especular sobre quiénes eran los padres de cada uno de los nietos. En el transcurso del acto conmemorativo se aclararían muchas cosas.

En la esquila que llevaba en el bolsillo interior, la lista de hijos y nietos se completaba con un «bisnietos y demás familia». No podía saber, por tanto, cuántos de los jóvenes tenían hijos y descubrir así cuántos bisnietos había llegado a conocer el viejo catedrático. Podía ser uno, o podían ser más. En múltiples lenguas esto se habría podido deducir con toda claridad, pero en noruego distinguimos muy raramente entre el neutro singular y el neutro plural cuando la palabra tiene una sola sílaba, como por ejemplo *hus* («casa») y *barn* («hijo»). Tampoco podía saber cuántos hermanos, cuñados o sobrinos había en la iglesia, ni de la parte noruega, ni de la sueca, ya que estaban incluidos en la denominación colectiva «y demás familia». Determiné, no obstante, todo lo que uno podía deducir de una esquila, y ya en el discurso conmemorativo del capellán se resolvieron algunas de mis dudas. Como había supuesto, la que tenía un hijo de casi cuatro años, llamado Morten, era Sigrid; no obstante, ella y Thomas también tenían una hija, Miriam, de un año, el vástago más joven.

El capellán hizo un bonito retrato del joven becario sueco que llegó en tren a Oslo en el otoño de 1946, para concluir su tesis doctoral sobre los Eddas y el tesoro de mitos nórdicos basado en los estudios realizados por Magnus Olsen a lo largo de medio siglo. Aquí conoció a Ingeborg y fundó una familia, primero como becario universitario, luego como profesor titular, para por fin convertirse en catedrático de Filología de Nórdico Antiguo. Esa era la parte de la vida de Erik que yo representaba. Si me preguntaban, diría a la familia que había sido su alumno, pero que además habíamos mantenido un contacto informal durante muchos años, para con el tiempo convertirnos en lo que yo llamaría «amigos personales». Ahora hacía mucho que no lo veía.